

D. JOSÉ IBORRA Y GARCÍA

BIOGRAFÍA

DE

Don José Iborra y García

MEMORIA OPTANDO AL PREMIO VIII EXTRAORDINARIO
"BIOGRAFÍA DE UN CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE VALENCIA
DEL SIGLO XIX" EN LOS JUEGOS FLORALES
CELEBRADOS EN 1929, POR LA SOCIEDAD "LO RAT PENAT"

Por el Dr. D. FRANCISCO CANTÓ BLASCO

Lema: *Prius veritate.*

ENTRE los temas ofrecidos para trabajos aspirando al *Prólogo* premio extraordinario en los próximos Juegos Florales de Valencia, figura uno que se ha de referir a una *biografía* de un Catedrático de la Universidad de Valencia del siglo XIX.

No se marca el nombre de un determinado maestro, y ello, si bien deja en libertad al concursante para llevar a cabo el trabajo de investigación, en orientaciones acomodadas a sus gustos, dificulta en cierto modo la labor, al tener que aquilatar el mérito, que puede muy bien quedar igualado, en variadas biografías, a diferentes eminencias consagradas.

Por otra parte, en la dificultad de preferir a unos u otros de los consagrados maestros, puede optarse por la fácil tarea de repetir, o glosar determinados trabajos biográficos, ya de sobra conocidos, y formar con ellos un estudio completo, sí, pero no personal.

Preferencia

Yo entiendo, que como dice Taine, la vida que se vive es más eficaz; y en tal concepto, hemos de huir de reseñar la vida de determinados personajes, que en nuestra Universidad brillaron con intensa luz, pero que ya fueron debidamente glorificados, por historiadores o discípulos de aquellos maestros, y que, a más de lo expuesto, conviene a nuestro propósito, asignar los mayores datos biográficos, en los que el autor del trabajo haya sido *actor o espectador*, y cuyo *biografiado*, no haya sido suficientemente historiado por sus contemporáneos o sucesores.

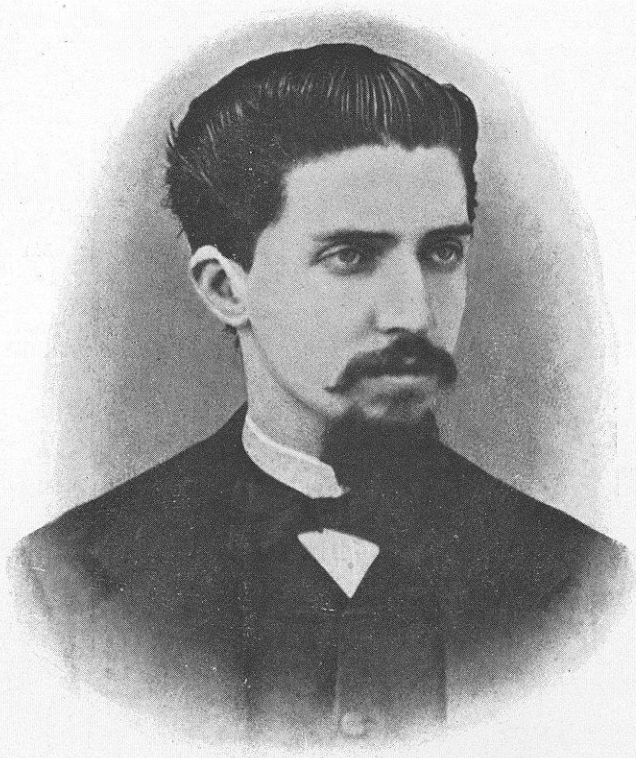
Por las razones expuestas, y por considerar bastante completas las biografías de los Profesores de esta Universidad del citado siglo XIX: D. José Pizcueta, D. José Monserat, D. José Guillem, D. Eduardo Boscá, D. José Romagosa, D. Mariano Batllés, D. Joaquín Casañ, D. Antonio Rodríguez de Cepeda, D. Eduardo Pérez Pujol, D. Vicenté Cadea, D. José Villó, D. José Fillol, D. Romualdo Arnal, nos abstentemos de reseñar sus hechos, loados ya debidamente.

Enfocamos, pues, nuestra atención, en un varón preclaro, que pasó rápidamente por el profesorado de nuestra gloriosa Escuela de Medicina, de nuestra ilustre Universidad; y que en la Cátedra de la Clínica, en la conferencia, en la tribuna, en las fragosidades de la práctica médico-quirúrgica; como en el trato público, como en el docente; fué de una ciencia, de un atildamiento, de una competencia y de una afectuosidad enorme; modelo de maestros y gran pedagogo e ilustre sabio. No limitado a sus ordinarias disciplinas, sino enciclopedista en ciencia, exquisito en arte, de elevadas concepciones y de amoroso trato. Me refiero al Dr. D. José Iborra y García.

Biografía

En la villa de Carlet, distrito del mismo, en la provincia de Valencia, nació en 1839, D. José Iborra y García. Fué hijo de un inteligente y modesto médico de partido, titular en dicha población, fallecido víctima de una enfermedad epidémica, cuando su hijo tenía pocos años.

Su valerosa madre, no carecía de arrestos bastantes a



DR. D. JOSÉ IBORRA Y GARCÍA

hacer frente a la orfandad; y facilitó la educación e instrucción adecuadas a su clase, incubando en su inteligencia y sembrando en su corazón, aquellos principios y sentimientos que más tarde habrían de darle copiosos frutos.

Aficionóse desde sus primeros años a la lectura y al estudio, en tales términos, que acechaba las ocasiones para beber el caudal de provechosas aguas que de los libros brotan, iniciándose a la vez en la observación atenta y sostenida de cuanto le rodeaba, en su temprana edad.

La impresión que en su mente y en sus sentidos ejercía el ambiente en que se desarrollaba Iborra, fué agrandándose con indecible marca en su espíritu, decidiendo el rumbo que había de seguir en sus estudios. *El medio*

Muy oportunamente achaca Gracián en su *Criticón* al medio, en gran parte, la condición de las personas. «Participa el agua—dice—las cualidades buenas o malas de las venas por donde pasa, y el hombre las de clima donde nace».

Y Saavedra Fajardo en sus *Empresas políticas* dice: «El paisaje, el clima, la orografía, la hidrografía, influyen en la variedad y composición de los pueblos.» «En este elemento, en este factor que escapa a todo determinismo físico (la acción del medio) estriba la gran dificultad para fijar como constituido para siempre, el carácter psicológico de un pueblo».

Si los filósofos, si los estadistas, como queda expuesto, asignan influencia real y efectiva y aun constante a la *mesología* o al medio en que el sér y aun lá colectividad vive y se desarrolla, los biólogos con Molescot y Buchner y tantos otros que los siguieron, han llegado a probar que aquella actuación persistente llega a modificar las condiciones de vitalidad y de fauna e inclinaciones, al extremo de sentar el principio de que «la vida cambia sus manifestaciones con los tiempos, los lugares y las circunstancias».

He aquí, pues, la saludable y persistente influencia que el riente campo de Carlet y zonas vecinas, como las no menos saludables y pintorescas de Ibi, a donde fué transportado

más tarde, ejercieron en su ánimo haciéndole amar intensamente la naturaleza, y gozándose en su contemplación.

Los estudios de Filosofía en su segunda enseñanza fueron brillantes, distinguiéndose Iborra entre sus compañeros, por su fácil comprensión, retentiva y brillantez y claridad en su exposición. Así que sus maestros comprendieron bien pronto que con aquel talento, imaginación viva, aplicación y espíritu observador, tan dado al análisis, había de hacer sendos progresos, tanto en los estudios de humanidades, a las que mostrara gran afición y deleite, como en las ciencias naturales y de observación, más que a las matemáticas y de cálculo.

Orientaciones

Marcáronse, pues, desde sus primeros pasos, en sus estudios secundarios o de Instituto, orientaciones claras a las letras; como también, un gran aprovechamiento en las ciencias físicas y naturales. La literatura atraía; apasionándose por la elocuencia y las clasificaciones de la historia natural, como la entraña de las combinaciones químicas, y las leyes de la materia, tanto inorgánica como la viva. Unas y otras las verdades dogmáticas, despertaron bien pronto sus ansias de posesión y dominio.

Trázóse entonces y se afirmó totalmente, al recuerdo de la práctica profesional de la Medicina que en su padre viera en su niñez, el deseo de emular al autor de sus días, cuya memoria reverenciaba. No fué ajena a tan provechosa decisión la amorosa diligencia de su madre.

La carrera de medicina, que comenzó en el curso de 1854 a 1855, como veremos en las notas del expediente personal de méritos y servicios de D. José Iborra, que al final se acompaña, fué brillantísima. Según ella, librada por el señor Secretario general de la Universidad de Valencia, en todas las asignaturas obtuvo aquél la nota de Sobresaliente.

En 13 de Enero de 1855 obtuvo el Grado de Bachiller de Filosofía.

Premios

Durante sus tres primeros años de Facultad obtuvo, por oposición, todos los premios extraordinarios a las asignaturas correspondientes.

D. JOSÉ IBORRA Y GARCÍA

En virtud de su aplicación en sus estudios, obtuvo una plaza de alumno interno pensionado destinado a las clínicas de la Facultad, en 30 de Septiembre de 1856, que conservó y sirvió hasta el 31 de Octubre de 1858.

Bachiller en Medicina, en 25 Enero de 1859.

Obtuvo la Licenciatura con la calificación de Sobresaliente; recibiendo la *investidura*, que era entonces reglamentaria y solemne, en tiempo oportuno, y expedido el título en 31 Octubre de 1860.

Siguió el curso del Doctorado en Madrid, en los años 1860 a 1861; y el día 16 Octubre de 1863 sufrió en debida forma, los ejercicios para obtener el grado de Doctor en Medicina y Cirugía, recibiendo públicamente la investidura de dicho grado, ante el claustro de la Universidad Central, el 24 de Octubre del mismo año 1863, expidiéndole el correspondiente diploma en 24 Octubre de 1863.

En Enero de 1864, se convoca a oposiciones para proveer una plaza de Profesor Clínico en la Facultad de Medicina de Valladolid; y allí acude Iborra, obteniendo tras reñidos combates, el número *uno* de la terna, por unanimidad, y es nombrado para el expresado cargo de Profesor Clínico, en 27 Febrero de 1864, comunicando al Ministro de Fomento tal decisión y nombramiento en 6 Abril 1864.

Mas este importante cargo de Profesor Clínico, de gran valía en las tareas de práctica médica, y asistencia clínica docente, había de ejercerlo poco tiempo nuestro biografiado. En el propio año de 1864, convócase a oposiciones para proveer una cátedra médica, vacante en la Universidad de Valladolid; y a ella acude Iborra. Mientras las anteriores oposiciones se habían verificado en la expresada Facultad de Valladolid, las anunciadas ahora, habían de tener efecto en la Universidad Central.

Allí acude con nuevos arrestos el Dr. Iborra y con unos ejercicios que llaman la atención al sabio tribunal, y conteniendo con excelentes profesores del arte de curar, los vence a todos; obteniendo por unanimidad, su propuesta en el primer lugar de la terna. Sus ejercicios comenzaron

en 7 de Octubre, recibiendo el nombramiento del Sr. Ministro de Fomento en 25 de Noviembre de 1864.

En 4 de Julio de 1865, vacante en la Universidad de Valencia la cátedra de Patología y Clínica médica, por defunción de su propietario Dr. D. Mariano Batllés, solicitála por traslado. Iborra es nombrado, catedrático de preliminares clínicos y clínica médica; la misma que en la Escuela de Valladolid regentaba, obtenida poco ha, por oposición en Madrid.

Calmáronse por entonces sus legítimos afanes, llegando joven, lleno de prestigio, nimbado por la fama; arrogante, varonil, repleto de ciencia y experiencia; experto clínico, prudente y discreto maestro ya, que se avezó bien pronto a la enseñanza. Elocuente y con recursos de persuasión, de dicción correcta, de acertado juicio, de prudente acometividad, y experimentador clínico, concienzudo y perspicaz, bien pronto se adueñó de sus alumnos y formó en las avanzadas del Profesorado, que en su propia Facultad de Medicina, en la antigua escuela de los Collado, Calvo, Gimeno, Torrella, Poeta, Pintor y tantos otros, había de alternar con los que ayer fueron sus maestros; y ahora sus colegas: Romagosa, Zuriaga, Casañ, Navarro, que seguían atizando la llama del saber en los templos de Esculapio valenciano.

* * *

Hasta aquí lo que pudiéramos llamar el apuntamiento sencillo, como cronológico, de sus fastos académicos; con escasos datos de su vida escolar, y la trayectoria llevada a cabo desde su venida al mundo.

*Interesantes
facetas*

Mas en las cuatro décadas de la existencia de Iborra, a más de las facetas de escolar, de interno, de Profesor Clínico y de Catedrático, ofrece nuestro biografiado variadas modalidades que hacen de su actuación interesantes modos o maneras de comportarse, y que le diputan como un sér sobresaliente, de genio excelso, de cualidades exquisitas, que le hicieron brillar en toda ocasión entre los escogidos, en la

familia, en la plaza pública, en Ateneos y Academias; y en la cátedra que rigió con gloria de la ciencia y gran provecho de sus admiradores, que eran todos sus compañeros y educandos.

Dice Baltasar Gracián en *El Discreto*: «Nácese algunos con un señorío universal en todo cuanto dicen y hacen, que parece que la Naturaleza los hizo hermanos mayores de los otros; nacieron para superiores, si no por dignidad de oficio, de mérito. Infúndeseles en todo un espíritu señorial, aun en las acciones más comunes; todo lo vencen y sobrepujan. Hácese luego señores de los demás, cogiéndoles el corazón, que todo cabe en su gran capacidad; y aunque tal vez tendrán los otros más ventajosas prendas de ciencia, de nobleza y aun de entereza, con todo eso prevalece en éstos el señorío, que los constituye superiores, si no en el derecho en la posesión».

Este jugoso párrafo de Gracián, parece escrito acomodándolo de todo en todo, a la prestancia, al carácter, a la sabiduría, a la prudencia, al tacto, al feliz razonar, al discreto y oportuno lenguaje empleado en toda ocasión y acertado modo.

Todo ello nos mueve a trazar la silueta moral de este esclarecido maestro, analizando sinceramente las obras escritas que ha dejado y la actuación pública en que ha intervenido.

Porque serviría de poco, ir marcando en un apuntamiento rápido, como hemos hecho, y consignamos luego en las notas adicionales, los variados cargos que desde alumno o escolar ha ejercido, si no enjuiciáramos su actuación.

Mas séame permitido, antes de ocuparnos del ilustre maestro e insigne médico, hacer unos ligeros trazos del hombre.

Aquí le conocimos en 1867, cuando ya en la plenitud *Semblanza* de su vida científica y profesional, hablase dado a conocer como a maestro experto, orador elocuente, escritor castizo, oculista delicado y clínico, solicitado por la opinión.

Alto, gallardo, rubio, de ojos azules, de esbelta elegancia, prócer, más atildado y de maneras señoriles que la mayoría de los profesionales de su tiempo; era correcto en el hablar, educado en el proceder, atento para los alumnos, a los que jamás vejaba, y a los que procuraba enaltecer, estimulando de tal suerte su propia dignidad y decoro.

Sus explicaciones eran oraciones elegantes; precisas, correctas y atinadas. Su fácil y vehemente elocuencia, semejaba pareja a la del famoso jurisconsulto y maestro también, D. Eduardo Pérez Pujol.

«A la cabecera del enfermo se crecía; y en los intencionados interrogatorios, en la detenida exploración, como en el razonado juicio que le seguía. Teníamos, lós que tuvimos la dicha de asistir a las lecciones teórico-prácticas que a diario nos daba (dice un concienzudo narrador), copioso manantial de enseñanza, que alcanzaba, desde la educación urbana, hasta lo más recóndito de la técnica, y el decálogo de nuestra actuación profesional».

Y por si lo enunciado no fuera bastante todavía, añade: «Todo ello, amenizado con una dicción castiza y amena, hacía que aquel joven romántico (Iborra), que no perdió jamás el espiritualismo de sus mocedades, nos pudiera infiltrar sin trabajo, en nuestras vírgenes inteligencias, con el ansia del estudio, la exquisitez de la forma en la emisión del pensamiento».

El ingreso de Iborra en el Claustro Universitario de su querida Valencia, cuna de sus amores, soñado paraiso en que se mecieron sus primeras ilusiones, y que tan placentera y poéticamente habían impreso sus huellas en su mente, despertaron sus facultades todas con un espíritu de renovación, de superación y de progreso como punto máximo de su varia actividad.

Aquí, es decir, en la citada ciudad de Valencia, es cuando aparece en toda la plenitud de su eficacia el clínico, el oculista, el orador de Academias, el conferenciante, el maestro, el periodista y el sociólogo.

El año que dedicó en Madrid a los estudios del docto-

rado aprovechóles a la vez para poseer la especialidad de la *oculística*. Discípulo aprovechado del valenciano insigne, D. Rafael Cervera, lumbrera a la sazón de la oftalmología en la Corte, se perfeccionó en tal difícil especialidad. Apenas llegado a Valencia, Iborra establece una consulta pública de aquella especialidad, marcando horas, para curar y operar a los necesitados, sin estipendio alguno.

Deseando divulgar la ciencia médica que no tenía en la prensa otro representante que el *Boletín del Instituto Médico Valenciano*, órgano oficial de aquella corporación, se asocia a sus compañeros Navarro y Ferrer Julve y más tarde con J. Bautista Peset, Fuster y Serrano Cañete, fundando una revista quincenal de Medicina, Cirugía y Ciencias auxiliares, titulada *La Fraternidad*.

La Real Academia de Medicina de Valencia y el Instituto Médico de dicha ciudad le llaman a su seno, pues saben uno y otro organismo, que el novel Catedrático había de dar bien pronto nuevo realce y gloria positiva a aquéllas.

Si hubiéramos de puntualizar los trabajos, siquiera más importantes que llevó a cabo durante los seis o siete años de Profesorado, daríamos sobradas dimensiones a este trabajo.

Señalaremos tan sólo lo de más bulto, tanto en la labor de la revista *La Fraternidad*, de la que era Director, las conferencias públicas que en los salones del Instituto Médico y en los del Palacio Consistorial, como en la Universidad, y ciertos trabajos impresos que prueban la variedad de asuntos que dominaba.

* * *

Tema de sociología pedagógica es el que trata en su tesis de doctorado (1863): «Reflexiones sobre la educación física y moral de la mujer»; y tomando por punto de partida la frase de Mad. Capmani, en sus «Cartas a Napoleón I: «Si queréis moralizar la sociedad, formad las mujeres»... discurre Iborra acerca de la educación física y moral que se ha

de dar a la mujer *para que sea conforme a los altos destinos a que le ha destinado la Providencia*. El desarrollo físico, apunta, debe ser el primer cuidado de la educación, según el orden de la naturaleza. Pensaba acertadamente que la base de la existencia está en la fortaleza del organismo y no hay que desdeñarle, antes bien, cultivarle con amor. Mas luego, entra en la educación moral y religiosa, no descuidando, antes bien fomentando la literaria y científica, vertiendo sabios conceptos como los siguientes:

«La Religión debe alumbrar con su esplendente luz la inteligencia de la mujer desde que comienza a despuntar en ella la aurosa de su razón. Ella debe formar el primer alimento moral con cuyo sano y vivificante jugo se nutra su inteligencia y se robustezca su corazón». Y luego comenta y glosa estos conceptos de Mad. Gemlis en sus *Conversaciones*: «Si deseáis formar buena a la mujer y adornarla de virtudes, grabad en su alma las dulces verdades y sanos principios de la Religión».

Y para reforzar la idea de la conveniencia de instruir a la mujer, expone el siguiente pasaje: «Dieras, historiador griego, refiere que cuando el divino Platón se hallaba en su cátedra al frente de los sabios más ilustres, no quería dar principio a sus lecciones hasta que no llegaban sus dos discípulas Sasterna y Aristeia; *porque faltando éstas, decla, falta el entendimiento que me ha de entender, y la memoria que ha de conservar mis sentencias.*»

No desconocía Iborra que con una sensibilidad exquisita y una espiritualidad manifiesta verdaderamente femenina unieron a ella un saber famoso, Isabel de Castilla, que sabía gobernar grandemente, compartiendo sus facultades y aun discutiendo con su hombre de Estado, Francisco Ximénez de Cisneros, hablar latín primorosamente, y remendar sus vestiduras, y otras faenas domésticas. Que Teresa Cepeda (Santa Teresa de Jesús), talento organizador, inflamada de ternuras más que suprahumanas, celestiales, escribía con sin igual donaire en asuntos teológicos y de alta mentalidad. Y no olvidemos que más tarde la conocida penalista Con-

cepción Arenal, la gallega, con un cúmulo de sabiduría, que honra a la humanidad, sabe derramar con su intensidad y afectuosa ternura, su amor en sus libros de oro. «Visitador del pobre» y «Visitador del preso», que maravillan.

Claro que la mujer ilustrada, antes y ahora, no ha de ser la mujer *Virago*, la que llama el vulgo *marimacho*; ni la *marisabidilla* pedante, sino la mujer fuerte del Evangelio: la discreta, la entendida, la afectuosa y la prudente. De ella se ocupa el Dr. Iborra.

Y si queremos un tratado de Deontología médica o código moral social para los noveles licenciados, he aquí lo que les dice en el solemne acto de la investidura a los graduados de 1867: «Hoy es quizá el día más memorable de vuestra vida—les decía, en un principio—, las satisfacciones mismas os aturden; la alegría más pura inunda vuestro corazón. Hoy todo os halaga, os sonríe todo: un pasado cuyas fatigas y desvelos bendecís agradecidos, porque os han servido de auxilio para llegar a la encumbrada cima en que os véis; un presente encantador, en que las felicidades todas de la vida parecen disputarse el derecho de aumentar el conjunto de placeres que os embargan; un porvenir risueño, animado con las hermosas tintas con que se presenta coloreado lo futuro a la fogosa imaginación de la juventud».

Y luego venía la enseñanza y el consejo: «Que la honradez selle todos vuestros actos, y la laboriosidad, ahuyentando los peligros del ocio, caracterice vuestra vida».

«Cumplid con celo y caridad los penosos deberes del honrosísimo ministerio que se os va a conferir. Vuestra misión en este mundo es misión de sacrificio. Las afecciones más caras, los objetos que os sean más queridos habrán de quedar postergados quizá, por asistir a un extraño. Cuando esto suceda cerradle el paso a la vanidad, y creed que no habéis hecho otra cosa que cumplir con un deber».

«No confiéis en las recompensas de la sociedad, que muchas veces premiará tarde y mal vuestros afanes».

«Guardad religiosamente el secreto a que os obliga vuestra profesión. Más de una vez tendréis a la mano el

bienestar y la felicidad de las familias: procurad no descubrir nunca, ni aun por descuido, las revelaciones que se os confíen».

* * *

En 2 de Enero de 1867, sesión inaugural de la Academia de Medicina, pronuncia Iborra un discurso acerca de la «Sugestión en el tratamiento de las enfermedades».

Es esta oración magistral un primoroso alegato en pro de la intervención médica y terapéutica del Profesor, en el tratamiento y curación de ciertas dolencias que afligen a la humanidad y que demandan imperiosamente, más aún que la influencia material químico-orgánica de los medicamentos, la intervención oportuna y sabia de la acción moral. De ahí el magisterio que la Medicina exige de sus Sacerdotes.

«Si en el orden físico, considerado de un modo aislado, una filosofía sobrado exigente e injusta ha creído encontrar motivo para imponer sobre la frente de los médicos el estigma del materialismo, por lo que toca al orden intelectual y afectivo, la ciencia se ha encargado de desmentir a sus detractores, siendo la primera en reconocer las mutuas y constantes relaciones que unen a la moral con la parte física de nuestra organización».

«El médico que no atiende más que al alivio de las perturbaciones orgánicas, descuida la tarea más elevada que encierra su profesión: no cumple con su deber sino a medias y de una manera incompleta. Pocas son las enfermedades en que la moral no se resiente de la sacudida morbosa que ha experimentado la organización».

«En muchas enfermedades—continúa—, principalmente en las de marcha aguda, tranquilizaréis la moral de vuestros clientes, exaltada por la intensidad de un padecimiento violento, que no cede tan pronto como se desea, haciéndoles comprender con sencillez y convincentes razones, que las enfermedades están sujetas, las más de las veces, a una marcha regular y conocida, cuyas diversas fases no es posi-

ble trastornar sin irrogar perjuicios. Si el desgraciado que reclama vuestros cuidados es algún joven inexperto; cuyos pocos años no le han permitido aún, afortunadamente, iniciarse en la triste escuela del sufrimiento, ¡ah!... descorredle el velo de engañosa ilusión con que su fogosa fantasía se ha imaginado envuelta la vida; no temáis en enseñarle que la existencia del hombre es una cadena de dolores, porque diciéndoselo no hacéis más que adelantarle una noción que la amarga experiencia le ha de proporcionar más tarde... de este modo, su alma llevará con resignación y serenidad los padecimientos actuales, y su corazón se templará para resistir los nuevos ataques que el porvenir le ofrece».

Impregnado de tal sentimiento de caridad y sabiduría está tan bella pieza oratoria.

En el propio año pronunció Iborra otro famoso discurso sobre *El origen de la vida*. Fué en ocasión de contestar, a nombre del Claustro Universitario, al trabajo leído por el nuevo Catedrático de Fisiología, D. José Ortolá y Gomis, en el Salón Rectorado de la misma. Era entonces preventivo, al igual que a la investidura pública de los nuevos licenciados y doctores, pronunciar los nuevos Profesores de la Universidad un discurso para su toma solemne de posesión del cargo. Era ello una fiesta académica de aparatosa solemnidad, en presencia del Claustro en pleno, con trajes doctorales; y a presencia de los escolares y público. Uno de los Catedráticos contestaba a nombre de la corporación, y glosaba o discutía los conceptos que allí se vertían, enalteciendo debidamente la labor científica y las dotes del recipiendario.

El asunto era difícil, escabroso, que toca las raíces de todo conocimiento material y orgánico y llega hasta los linderos de la Teología.

Analizar el concienzudo, jugoso trabajo de Iborra, me llevaría a glosar principios fundamentales del universo sideral. ¿Siempre existió la vida? ¿Cómo se formaron los seres vivos?... Y así se llega a los seres que en la actualidad gozan de organización, evolucionan y viven.

Sienta las bases de que la vida procede de la vida; entrevé las leyes de la evolución, y cómo se acentúan y multiplican las fuerzas ante la gradación de los organismos; no llegando, empero, cual las verdades de la época actual, a los secretos de la evolución que sancionan las modernas doctrinas.

Es todo el trabajo un esbozo de las leyes biológicas que dan a la ciencia actual su universalidad, y que en tal época, como la alcanzada por Iborra, estaba alboreando.

* * *

En el campo de las sociedades médicas, y aun en la Económica de Amigos del País, también se destacó su actuación de modo sobresaliente. Tanto en la Academia de Medicina de Valencia como en el Instituto Médico Valenciano, tomó parte activa en sus deliberaciones, manteniendo sus asertos con recto juicio y sabiduría; con el tesón exigible y la forma correcta y ática. Como el consejo del clásico era en la defensa de sus enunciados y en sus réplicas «*Suaviter in modo fortiter in ré*».

Varias proposiciones defendió en el Instituto, iniciando un curso de la especialidad oftalmológica; dando conferencias tan nutridas de público, que fué preciso trasladarlas desde el reducido salón de la Corporación Médica al amplio del Palacio Municipal. La higiene de la visión, fué por él tratada concienzudamente y en forma amena y atrayente para todo oyente de mediana cultura. La revista *La Fraternidad* que tengo a la vista, trae extractos de ellas en el t. I, págs. 445 y 446.

A la propia especialidad de oculística que el Dr. Iborra dominaba, tanto en el terreno teórico como en el de la clínica y operatoria, corresponde el discurso leído ante el Claustro de la Universidad de Valencia en el solemne acto de su toma de posesión de la cátedra, titulado: «La retinoscopia fosfeniana» el día 29 de Junio de 1866. Aunque tengo a la vista este trabajo, no es fácil analizarlo. Está repleto de

ciencia física y de deducciones oportunas para la clínica.

Y cuenta que no eran éstas las disciplinas que en la cátedra estaba obligado a propagar. Él era, como hoy decimos, un médico internista, encargado de la enseñanza de los preliminares clínicos y de la medicina interna; y el campo de la oculística está incluido en el arte y la ciencia quirúrgica.

Mas no tenía hipotecadas las ciencias médicas y naturales, y era pródigo y generoso en la enseñanza; y tantas y tan ricas facetas ofrecía su saber y su actuación, que iba derramando por doquier: cátedra, asamblea, consulta, prensa y sociedades culturales, todo el caudal de su vasta experiencia.

Aún recordamos la elocuente oración que acerca de los «Colores bajo el punto de vista físico-fisiológico» pronunció el 31 de Marzo de 1878, en el grandioso paraninfo de nuestra Universidad Literaria, en la fiesta del aniversario anual que celebra el Instituto Médico Valenciano.

Repleto el salón de un selecto público, presididos por las autoridades; lujosamente puesto, subió a la tribuna nuestro biografiado, de frac, en traje de ceremonia; y con el impreso en la mano, recitó todo su trabajo de memoria, comenzando con aquellas elocuentes palabras: «¡Salve, sociedad ilustre, conjunto de sabios, Instituto Médico Valenciano, yo te saludo!» Como es grato saludar a la desposada... Obteniendo seguidamente una serie de aplausos que se repitieron en los finales de su amena, poética, maravillosa oración.

Leed si os place, las páginas del Boletín mensual de aquella Corporación correspondiente al expresado mes, y os convenceréis de la belleza y jugo de tal pieza oratoria, recitada con voz potente, dicción correcta y ademanes y maneras exquisitas y elegantes.

Elegido director de especialidades en el Instituto Médico, inició en dicha Sociedad la serie de conferencias de que hice antes mérito, que fueron seguidas por las que dieron los doctores Navarro y Ferrer y Julvé, ambos compañeros

que a la sazón siguieron el ejemplo de nuestro Iborra, laborioso cual ninguno.

La Fraternidad

La prensa médica de Valencia, fué remozada con las iniciativas y empuje de Iborra al crear y dirigir *La Fraternidad*. Seguir y anotar la enorme y variada labor desarrollada por su director durante los tres años en que gozó de vida, sería largo. Desde el 8 de Abril de 1866, en que aparece el primer número hasta mediados de 1868, en su mayoría interviene. Revistas de prensa profesional, documentos y observaciones propias e interesantes. Capítulos doctrinales de medicina interna, de cirugía, de oculística, su especialidad predilecta. Casos clínicos de intervención propia de alta cirugía, como la operación de un aneurisma de la facial, enucleaciones oculares, pupilas artificiales y cataratas. Una enumeración detallada de su clínica oftálmica particular con apreciaciones, con el cotejo de los variados tratamientos usados y los motivos que le hacían escogitar los propios o peculiares del Doctor. Y era tal la fama y valor de sus comentarios, que oculistas nacionales y extranjeros felicitaban al maestro. Así el Dr. Deltoro y Cuatillers, en su revista de Ciencias Médicas de Cádiz, y D. Vicente Chiralt en la propia *Fraternidad*, escriben extensos trabajos elogiando al Dr. Iborra y García, diputándolo como un prestigioso y hábil especialista. La enumeración de los difíciles casos de su clínica consignados están en los números del segundo tomo de *La Fraternidad* comprobando la certeza de los merecidos elogios.

Su muerte

El clima duro de la meseta central de Castilla, Valladolid, no convenía a la salud de Iborra, como debió serle nada favorable el inaudito esfuerzo llevado a cabo con perseverancia en la preparación para dos oposiciones consecutivas en el espacio de pocos meses, para obtener las plazas citadas de profesor clínico y catedrático; y quizá por la asistencia clínica recibiera su cuerpo el germen de la enfermedad que le llevó a la tumba. También influyó en su agotamiento las dobles cátedras que desempeñó para evitar que la facultad quedara de segunda clase.

Lo cierto es que aquel hombre, que cual le vimos en más de una ocasión, diagnosticaba una tuberculosis o tisis pulmonar o laringea con sólo la rápida inspección de lo que llaman los médicos hábito exterior, siguió al pie del cañón o sea asistiendo en las enfermerías clínicas de Valencia el verano de 1868 y siguientes enfermo y bien lesionado de un estado *fimico*-laringeo que aguantó en términos de desconocimiento inicial, avanzando hasta tener un fatal término, en la muerte acaecida en 25 de Junio de 1870.

Un su amigo, compañero y condiscípulo, el doctor Ferrer Julve, dice del doctor Iborra en la memoria leída en la sesión inaugural de la Academia de Medicina de Valencia en 1871: «Yo, tan íntimo amigo y su condiscípulo, os puedo asegurar que su vida fué un ejemplo perenne de laboriosidad y constancia, de amor a la ciencia y al trabajo. Hijo de un honrado profesor, mártir de esas silenciosas y aterradoras calamidades que llamamos epidemias, consiguió desde muy niño templar las penas que laceraban el corazón de su madre y en lucha contra la adversidad aprendió muy pronto a ganarse el sustento material para dedicarse al estudio. En la Universidad Valencia le veréis recogiendo laureles realzados por su carácter, por su precocidad, por su lenguaje y estilo ciceroniano».

¡Bendita estrechez, bendita necesidad que despierta el ingenio, acucia las ansias de saber y fecundiza el intelecto en términos de que florezca y fructifique bien pronto el árbol frondoso de la sabiduría!

Lo anteriormente transcrito puede dar una idea aproximada de ese profesor eminente que brilló en la Universidad Literaria de Valencia, cuna y laboratorio de tantos hombres ilustres y grandes maestros.

Se ve por ella que un varón justo, laborioso, de enorme actividad, dé claro ingenio y víctima de su laboriosidad, obtiene paso a paso la cima del saber y lo difunde a manos llenas sin tregua ni descanso. Bien podemos decir de él: ¡Tus hechos no han menester elogios póstumos: Tus obras vivirán eternamente; y tu conducta ha de servir de ejemplo

a los cultivadores de la ciencia y a los sacerdotes de la medicina!

Mas la vida de la prosperidad ha comenzado ya en Iborra; que la cuna no florece hasta que ha florecido la tumba. Y la muerte del sabio es una transfiguración gloriosa que al trasponer el horizonte de la existencia terrena, si deja en la orfandad al amigo y al discípulo al privar a la ciencia de un apóstol, marca no obstante luminosa estela que alumbra en las tenebrosas noches de la vida con la claridad propia de las acciones nobles.

Mayo 1929.

D. JOSÉ IBORRA Y GARCÍA

NOTAS ADICIONALES

A LA BIOGRAFÍA DE D. JOSÉ IBORRA Y GARCÍA

Los padres de D. José Iborra tuvieron dos hijos varones nacidos en Carlet.

La abuela de éstos, observando que no eran muchos los rendimientos que la profesión médica proporcionaba al padre, y al notar a éste en peligro de muerte, imploró la voluntad de los niños para prepararlos el porvenir. Probablemente les dijo: «os habréis de ganar la subsistencia y en tal concepto me interesa conocer vuestras intenciones». ¿Qué profesión u oficio os gustaría más? José, que era el mayor, dijo: Médico, como el padre. El segundo, optó por ser sacerdote.

Ambos llegaron a su debido tiempo al término deseado. El de aficiones sacerdotales, llamado Vicente, pudo ganar por oposición una beca y de tal suerte no fué dispendiosa su enseñanza. En el sacerdocio llegó más tarde a cura de Navarrés y luego al canonicato en Jaén.

Nuestro biografiado se ayudó en los primeros tiempos, y que sabía dibujo y escribía muy bien, pintando abanicos y copiando cuadernos manuscritos. Luego, más tardé y con su gran aplicación que le producía premios, consiguió una plaza pensionada de alumno interno de clínicas por oposición, con cuyo peculio se ayudó suficientemente.

Sus aficiones de mozo fueron, pues, consagradas a las letras, las artes y la elocuencia.

En cuanto a sus primeros amores juveniles de Iborra, he aquí cómo los describe un biógrafo en suplemento del *Boletín del Instituto Médico Valenciano* de 15 Diciembre de 1902 (1).

«Allá por los años del 56 al 58 del último siglo, dos mozos de juveniles arrestos y gallarda preseneia paseaban asiduamente por la plaza de las Barcas distraídos, al parecer, pero fijando su atención en el Colegio de Na-Monforta, hoy Escuela de Artesanos. Estaba allí instalado un centro de cultura para señoritas huérfanas de militares. Era jueves cuando vemos

(1) Artículo del Dr. Cantó Blasco.

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE VALENCIA

a los jóvenes que eran escolares: Monllor e Iborra, aguardando la salida a paseo de las educandas. Entre éstas hallábanse dos hermosas señoritas que iban en pareja y que obedeciendo, sin duda, a aquella afinidad electiva que atrae a las almas, habían de ser las compañeras de por vida de aquellos estudiantes. Cada uno dirigió su mirada y su declaración escrita a la elegida de su corazón: mas desconocían el nombre respectivo de cada una de ellas. Partieron las dos misivas; y hubo luego que distinguir al moreno y al rubio de una parte: y a la rubia y a la trigueña de otra para poder entenderse. Que acertaron aquellos dos amigos Pilades y Orestes, en aquel designio de las acogedoras de sus ansias, lo demostró la conducta caballerosa, digna y afincada de aquellos mozos, a quienes el acicate de su juvenil amor, hizoles laborar con provecho en sus estudios. Ambos llegaron al tálamo con la elegida de su corazón: y no queriendo alejarse mucho estas dos parejas de enamorados, al establecerse Monllor, abogado, en Alcoy, hizo que el Iborra marchase de Médico a Ibi, cercana villa. Monllor casó con D.^a Jacinta Algarra, siendo la esposa de Iborra D.^a Amalia Pérez Alegret.

La fecundidad de esta señora fué tan copiosa que de su primer matrimonio con D. José Iborra, hubo seis varones; y en el segundo que contrajo con D. Manuel Rico González, primer oficial de Administración Militar, hubo otros ocho, con la particularidad de haber sido los catorce varones».

ANECDOTARIO

Del expediente personal de méritos y servicios de D. José Iborra y García, catedrático de la asignatura de Patología médica de la Facultad de Medicina de Valladolid, que reformada en 19 de Abril de 1875, el Secretario de dicha Universidad, D. Feliciano Samaniego (que tengo a la vista), completada con una nota de puño y letra del propio Iborra, que también leo en este momento, resulta que estudió en la Facultad de Valencia toda la carrera menos el grado de Doctor que lo hizo en Madrid, obteniendo los siguientes cargos y premios:

1. Premio ordinario en primer año de medicina a los 16 años de edad, en 4 Noviembre 1855.
2. Idem en segundo año a sus 17 años, en 1.º de Octubre 1856.
3. Idem en tercer año a sus 19, en 1.º Octubre 1857.
4. Nombrado alumno de las clínicas de Valencia en 30 Septiembre de 1856.
5. Nombrado profesor clínico de la Facultad de Medicina de Valladolid, en virtud de oposiciones por Real Orden de 6 Abril 1864.

D. JOSÉ IBORRA Y GARCÍA

6. Catedrático numerario de Patología médica en la propia Universidad, nombrado por R. O. de 25 Noviembre 1864.

7. Catedrático numerario de preliminares clínicos y clínica médica de Valencia, R. O. de 10 Julio 1865.

8. Nombrado Socio nato de la Academia de Medicina de Valencia en 19 Noviembre 1865.

9. Socio del Instituto Médico Valenciano y Director de la Comisión Central de Especialidades en 10 Diciembre del 66.

10. Secretario de la Facultad en Valencia, 3 Septiembre del 67.

11. Depositario de los fondos de la Facultad, 16 Mayo del 68.

12. Individuo de la Sociedad Económica de Amigos del País de Valencia.

13. Socio corresponsal de las Academias de Medicina y Cirugía de Valladolid, Galicia, Asturias, Sevilla, Cádiz, Granada y Barcelona.

Su Cátedra la obtuvo a los 25 años.

De los seis hijos de D. José Iborra, cuatro murieron de pequeña edad. Quedaron tan solo dos que gozan de buena salud: el mayor, D. Manuel, General de Intendencia en Zaragoza, y D. Luis, Jefe de Correos en la Administración de Valencia.

Tenía este último hijo un año al tiempo de morir su padre D. José.

Murió el Dr. Iborra, en la casa núm. 18 de la calle Embajador Vich; en la propia casa nació D. Luis. Al Santo Viático del Doctor en su grave enfermedad, acudieron muchos de sus discípulos y entre ellos, el que esto escribe.

A la muerte del Dr. Iborra, los doctores Peset, Ferrer Julve, Serrano y Magraner, aconsejaron a la viuda, la conveniencia de trasladarse al clima de Ibi, para evitar perjuicios en la salud de los pequeños, y así se hizo.

Tengo a la vista el programa de la asignatura de Patología médica para el curso de 1866 a 67, que en la Facultad de Valencia le sirvió para sus lecciones, escrito por su propia letra y firmado en 30 Mayo de 1867. Sigue en él la clasificación de enfermedades de Grisolle; contiene 91 lecciones. Admite como entonces se admitía, las calenturas esenciales (lección 8.ª); y termina en la lección 91 con la Gastralgia... (¿síntoma? ¿proceso?).

* * *

He aquí la cédula de nacimiento de D. José Iborra. Núm. 25, libro 4.º, folio 4.

José Benito Iborra García, hijo legítimo de D. Benito... médico, natural de Busot (Alicante) y de D.ª Rosa... natural de los Santos Juanes (Valencia), nació el día 17 de Marzo del año mil ochocientos treinta y ocho, en ésta. Carlet a siete de Mayo de mil novecientos veintinueve.— El Cura, *Miguel Rivés Gilabert*. Presbítero, rubricado.

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE VALENCIA

La nota de su sepelio:

D. José Iborra García, falleció en 25 de Junio de 1870, está enterrado en el cementerio general de la ciudad de Valencia, núm. 179—quinta tramada—segunda sección de la izquierda.

Sus dos hijos existentes en la actualidad son D. Manuel Iborra Pérez; nació en 28 Enero de 1878, bautizado en los Santos Juanes, Valencia.

D. Luis Iborra Pérez, nació en 23 de Junio de 1869. Bautizado en San Martín, Valencia.

*Terminóse la impresión de este Cuaderno
el día 12 de Enero de 1932*